



## CAPITULO III

### LAS REACCIONES DURANTE LOS AÑOS 1815 Á 1820

Movimientos intelectuales que las preparan.—Gervinius.—Carácter de la historia del siglo XIX.—Reacción contra las tendencias de una época anterior.—Apóyase esta reacción en tendencias revolucionarias.—Vuelo de la literatura alemana en el siglo XVIII.—Carácter particular de la literatura germánica; su influencia en la de los pueblos latinos.—Diferencias esenciales entre las dos literaturas.—Estallan esas oposiciones abiertamente desde la Revolución.—Perversión del carácter alemán de la literatura en la escuela romántica.—Filosofía del idealismo en Alemania.—Fichte.—Schelling.—Filosofía de la naturaleza.—La poesía romántica.—Reacción religiosa.—La política.—Influencia de la literatura alemana en el extranjero.—La señora de Staël y la Alemania.—Chateaubriand.—Bonald.—De Maistre.—K. L. von Haller.—La literatura italiana.—Ugo Foscolo.—Manzoni.—La literatura inglesa.—W. Scot.—Resumen.

**G**ORGE Godofredo Gervinius nació en Darmstad en 1805 y falleció en Heidelberg en 1871. Consagrado durante toda su vida al estudio de la historia contemporánea, la muerte le sorprendió escribiendo la historia del siglo XIX, de la que nos dejó tan sólo ocho volúmenes traducidos en todas las lenguas, excepto en la nuestra por desgracia de los pueblos hispano-americanos, pero aunque reducido el cuadro de la obra de Gervinius á causa de lo que tardó en acometer su grande obra, y de la traidora aparición de la muerte, precisamente por lo mismo que abarca los terribles años de la época absolutista era y es su obra para nosotros un ejemplo viviente de las fatales consecuencias de las tendencias á que nos dejamos arrastrar instintivamente por nuestro temperamento. A nosotros no nos es posible traducir al pié de la letra la gran obra de Gervinius, pero desde este capítulo hasta la inauguración de la nueva época de la historia de Europa, esto es, hasta la época constitucional seguiremos fielmente al gran historiador alemán de quien se ha dicho que fué tan amado del pueblo

alemán como odiado de sus gobiernos, conservando las rúbricas de sus capítulos y sus sumarios para que se pueda juzgar de la alta importancia de la obra, que la crítica europea ha puesto al frente de los grandes trabajos de la historiografía contemporánea.

El siglo XIX contado desde el momento en que desaparece Napoleon como creyó deber hacerlo Gervinius, estimando no sin razón la revolución y el imperio como el coronamiento de los estudios político-sociológicos del siglo XVIII, no ofrece ciertamente hasta mediados del mismo, hasta apuntar la lucha por las nacionalidades el espectáculo brillante y conmovedor de las épocas que le sirven de prólogo. Se nos presenta durante muchísimos años como una época de paz producida por perturbaciones interiores, últimas sacudidas de los pasados terremotos. «Las masas no tienen ya pasiones profundas y duraderas, los individuos no conocen tampoco esos principios poderosos y esos atrevidos proyectos por medio de los cuales se debía, como jugando, formar nuevos Estados, crear nuevas instituciones políticas

y distribuir de nuevo el poder en nuestra parte del mundo por los medios más arbitrarios y más arriesgados, pero siempre de una gran fuerza productora.» La época que se aparece es la época de la diplomacia, de una diplomacia cuya misión es la de impedir las grandes resoluciones para evitar los sacudimientos que pudieran despertar las grandes energías colectivas, porque las ideas comprimidas por la mano del poder y por la indiferencia producida por el cansancio continúan operando su

camino con la misma constancia con que el taladro agujerea la roca. Hé aquí, pues, las causas de ese gran período de paz que aprovechan al comercio y á la industria, á la cultura intelectual y al bienestar material de la manera más amplia que imaginarse pueda.

Esta paz y este progreso material despiertan en las clases pobres aspiraciones y deseos antes desconocidos. Muéstranse desde los primeros momentos con tal fuerza, si bien con tan indefinido carácter,



DE BONALD

que los que los alientan y procuran satisfacer, pertenecen precisamente á las clases que luego comprendieron que eran las más amenazadas; hé aquí por qué los sistemas filosóficos, políticos y socialistas que se han apoderado de las clases populares todas de Europa, encontraron desde el primer momento abiertas todas las vías de propaganda. Porque eran por su íntima naturaleza «esos sistemas de cosmopolitismo y de república universal, de socialismo y de comunidad de bienes, quienes por las necesidades de su realización, debían allanar los caminos á la paz perpetua entre los pueblos unidos por un sentimiento de amor fraternal.»

Favorecidas estas aspiraciones en un principio por creerlas inofensivas, cuando se notará el camino hecho por los que lo anduvieron y por los que lo han

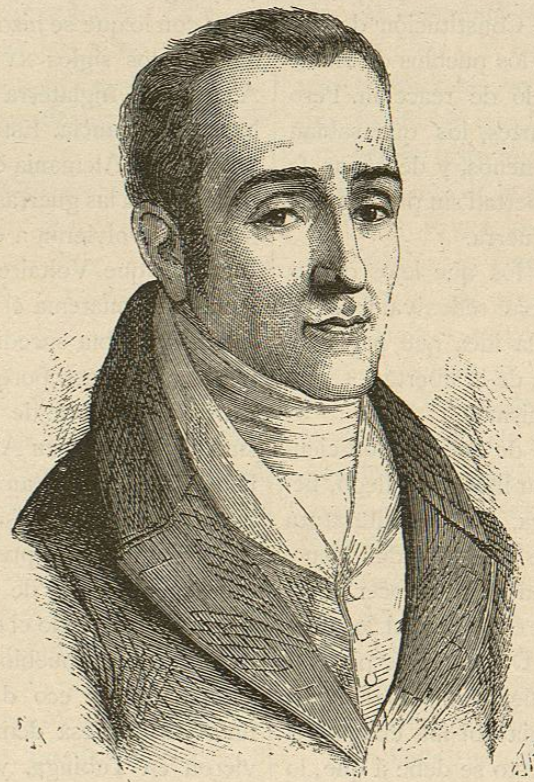
dejado andar, nacerán profundas perturbaciones porque se verá que se tiende á una realización práctica de lo que antes se creía una pura obra de beneficencia. Y es que se estimará por los progresistas, que este nombre toman en todas partes, que sin tomar parte en la política, que sin apoderarse de los organismos políticos no hay progreso social sólido posible, porque es necesario que éste encarne con las leyes positivas de un pueblo si ha de tener estabilidad. Hé aquí el origen de los grandes hechos políticos que nos llevan al período constitucional primero, al período democrático después, cuando el constitucionalismo burgués resulta impotente para dar satisfacción á las legítimas aspiraciones del pueblo.

Indudablemente fué hijo de ese gran movimiento

expansivo, la reivindicación de las nacionalidades oprimidas y de la reconstitución de las grandes nacionalidades, pero no es menos indudable que estas aspiraciones fueron desde luego favorecidas por los gobiernos doctrinarios y reaccionarios que vieron clara la diversión que este movimiento venía á introducir en el progreso político, y el medio para romper la solaridad de los pueblos, resucitando odios y enemistades indignas de nuestro siglo. Esto no pudo decirlo Gervinius porque creyó poder trazar

el cuadro de la historia de nuestro siglo *á priori*. Cuando Gervinius escribió el carácter de la historia del siglo XIX, la idea de las nacionalidades no había hecho aún su aparición.

El gusto por la paz después de tantos años de guerra había de ser el principal elemento de fuerza de la reacción. Todo lo que pareciera asegurar la paz, había de ser preferido, y como por desgracia con la caída del imperio, en todas partes volvían al gobierno los hombres que la habían combatido des-



SILVIO PELLICO

de su aparición, éstos llevaban por la paz á todo trance una pasión desenfadada que los hacía menospreciar todos los principios que pudieran turbarla. De aquí que no se temiera pasar bruscamente de un estado de exaltación extrema, producido por la guerra de la independencia de Europa, á un estado de atonía completo que aflojara terriblemente todos los resortes sociales. «Los gobiernos se hacían un mérito de la necesidad, y representaban el agotamiento en que habían caído como la aplicación de los principios de una política espontánea.» Tal era la razón que hacía de Metternich el hombre de la época, pues, «en efecto, era el ministro de esa potencia que más y por más tiempo había sufrido de las agitaciones y de las guerras francesas; era además el hombre de la naturaleza indolente que tan bien conocían sus

compatriotas.» Metternich, pues, obedeciendo á su naturaleza, creyó que el mejor medio para asegurar aquel reposo que buscaba su indolencia, era entregarse á una reacción completa contra todo lo que hasta aquí había dominado ó imperado, oponiendo á todo, lo que había sido su contrario; y esa ciega reacción dicho se está hubo de aceptarse por los pueblos mientras se creyó que sólo servía para curar los males de la guerra.

Guardémonos, empero, de creer que Metternich lo pudo todo y lo osó todo. No: los hombres políticos que logran una gran dominación son los que saben sentir y seguir la corriente sana ó malsana de los pueblos sin propósitos de contener sus extravíos en el primer caso, sin el propósito de purificarla en el segundo. Son los pueblos los que hacen los go-

biernos, y los pueblos no veían claro cuál había sido la causa de los daños que recibieron de Napoleón. Por esto envuelven en una común execración el imperio y la libertad, sin que nada pueda el ejemplo de España, en el que no se fijó Gervinius, como no se fijó Europa, ó por mejor decir, por haberse fijado demasiado Europa, es por lo que se nos arrinconó en Viena, porque en España se había demostrado que no se confundía la causa de la libertad con los imperios, por cuyo motivo eran las salvas de los cañones del ejército sitiador francés de Cádiz las que saludaban la proclamación de la Constitución de Cádiz, que había de ser el ideal de los pueblos de Europa durante este terrible período de reacción. Pero en España como en otras partes, los que sabían hacer esta distinción eran los menos, y de buena fe se creía que era imposible la libertad sin precipitarse de nuevo en la anarquía y la guerra.

Esta creencia fomentábanla los que lejos de las agitaciones diarias se entregaban reflexivamente al trabajo de la elaboración de la idea que había de impedir según unos los excesos de la libertad, según otros la vuelta de la libertad misma.

Alemania fué el gran centro de esa reacción científica. Ya hemos dicho como su literatura llegó, llevada ora de la literatura inglesa, ora de la literatura francesa, á tomar un vuelo de primer orden penetrando por todas partes y dándose á conocer como un todo, cuya consagración recibió en el levantamiento de Alemania de 1813. Durante este período Alemania elaboraba el pensamiento mismo de la revolución; si luego la Alemania misma elaboró el pensamiento de la resistencia esto se debe á que, lo mismo para los individuos que para los pueblos, la primera de las condiciones es la de la existencia.

Alemania estaba además destinada á ejercer una influencia poderosísima sobre el pensar de Europa por el carácter distintivo del arte y de la ciencia germánica. Mientras en la Europa latina se da á la forma la preferencia sobre el fondo, á la belleza la preferencia sobre lo verdadero, á lo ideal la preferencia sobre lo real, al arte sobre la naturaleza; en Alemania sucede todo lo contrario. Revéase lo que dejamos dicho al estudiar las literaturas de los diversos pueblos de Europa en lo que hemos coincidido con Gervinius, y se verá cuán cierta es esta distinción.

Téngase además presente que por lo mismo que Alemania había hecho la revolución en el siglo XVI é Inglaterra en el siglo XVII, llevaban esas dos naciones adquirida y consagrada una cierta libertad, por la que Francia y las demás naciones meridionales

habían ahora de combatir para alcanzarla. Esto no lo ha visto bien Gervinius. Establece éste muy bien la incompetencia entre latinos y germanos, fundada en esta conquista misma de la libertad por los anglo-germanos en los siglos dichos; ve bien que no había de ser simpático en Alemania y en Inglaterra un movimiento que tendía en aquellos países á reabrir llagas apenas cerradas, pero débese decir á Alemania y á Inglaterra, que por muchos y grandes que fueron los excesos de la revolución contra la sociedad religiosa, éstos no alcanzaron ni á poder compararse con lo que se hizo en Alemania y en Inglaterra durante los siglos XVI y XVII. Se comprende que Alemania é Inglaterra se indignaran por lo que se hacía en Francia. Está en la naturaleza humana el egoísmo, y Alemania é Inglaterra, que tanto habían padecido de las guerras religiosas, hubieron de temer que éstas volvieran á encenderse.

Cierto que Voltaire y los enciclopedistas envolvían en su anatema el catolicismo y el cristianismo, lo que no había sucedido en Alemania é Inglaterra; pero esto era así, porque á Francia le tocaba ahora continuar la obra de la independencia religiosa. Y sino ¿qué sucede en Alemania en plena paz, cuando las pasiones no agitan los corazones? Que esa crítica negativa del cristianismo hecha por Voltaire se presenta con elevadas pretensiones científicas, y son las escuelas alemanas de mediados de nuestro siglo las que han combatido el cristianismo hasta quebrantarlo en todos los pueblos de la tierra, que Renan no es más que un eco de las universidades alemanas, un obrero de esa demolición cuyos directores estuvieron en Tubinga, y hoy están en todas partes. Gervinius en 1853 no pudo apreciar las consecuencias de lo hecho por Straus, por esto no puede apreciar bien el carácter del movimiento antireligioso. Si él hubiese visto secundado el movimiento francés en Alemania, hubiera comprendido que Voltaire era su precursor, pues antes de combatir una creencia los hombres principian por reirse de ella.

Ahora claro está que Alemania é Inglaterra, por lo mismo que se habían anticipado, habían de sentirse dispuestas á oponerse á la corriente desmoralizadora del epicurismo francés del siglo XVIII, como Lutero en el siglo XVI que se opuso al epicurismo romano ó papal, pues no debe olvidarse que la reforma religiosa nació de una protesta del sentido moral de los pueblos germánicos. De modo que sin dejar de estar conformes con las causas de las diferencias esenciales entre las literaturas meridionales y septentrionales de Europa, según Gervinius; lo que nosotros hacemos es indicar el sentido egoísta

de la oposición hecha á la Revolución, y tan en lo cierto estamos, que ya hemos visto como lo mismo Kant que Fichte que Goethe, es decir, lo mismo la filosofía que la literatura habían aclamado la Revolución francesa y si no defendido, explicado sus imprescindibles excesos. La oposición sistemática aparece cuando los franceses se establecen en el Rin. Esta conquista ya no se hacía en nombre de la libertad, ni en nombre de la libertad se cambiaba anualmente el mapa político de Italia. Por consiguiente si Kant y Fichte «más que todos los otros, hicieron nacer en Alemania sentimientos é ideas, cuyos partidarios fueron los que más tarde se opusieron con actos á los excesos políticos de Francia,» Kant y Fichte principiaron por allanar el camino de la Revolución.

Gervinius reconoce que estas oposiciones estallaron después de la Revolución. Que en Italia Alfieri cantó la independencia de América y la toma de la Bastilla. Que en Inglaterra los Coleridge y los Southey, en Escocia los Burns, los Campbells y los Montgomerys se entusiasmaron por las ideas nuevas; que en Alemania Fichte defendió contra Rechberg, —1793,—la legitimidad de la Revolución, reivindicación que apoyaron Hegel y Schelling en 1795. Alemania debía necesariamente sentirse la primera de los ímpetus y extravíos revolucionarios por lo mismo que era la Alemania la que combatía en los campos de batalla la Revolución, y la filosofía no siempre puede convencer al patriotismo. A los vencidos les había de ser imposible resignarse á la humillación para dejar paso á las ideas, así las combinaciones y sistemas políticos predicados por los filósofos alemanes citados, hubieron de ceder el puesto á las pasiones populares, y Fichte con la misma mano que escribió la defensa de la Revolución, maneó el fusil contra su último representante, contra Napoleón.

¿Y qué sucede cuando las ilusiones se pierden y las esperanzas se desvanecen? Que, ó se cae en un abatimiento profundo ó se entrega uno á los extremos más opuestos. Hé aquí la razón del romanticismo que de golpe nos hizo saltar por encima de la Edad moderna y del Renacimiento para llevarnos á la Edad media. Hé aquí por qué el clasicismo fué liberal y representante de las ideas liberales; hé aquí por qué la escuela clásica es la escuela liberal del siglo XIX.

Renace con el romanticismo el misticismo, porque en los siglos modernos el misticismo, el sentimiento religioso no se encuentra en ninguna parte si no es en forma de intolerancia, y como la reacción había

de ser forzosamente religiosa no por lo que había sufrido la Iglesia de la Revolución, sino por lo amenazada que ésta quedaba, pues en el terreno de las creencias lo que las arruina no son los combates victoriosos, sino aquellos que no hacen más que cuartearlas, y como Roma y los jesuitas comprendían que la Revolución religiosa quedaba aplazada, por esto en todas partes, se quiso volver á la fe pura de los siglos medios, en cuyo tiempo papas y emperadores y reyes dominaban en nombre de Dios, porque era necesario oponer á la soberanía del pueblo una soberanía más alta. Luego como la unión entre el altar y el trono se cimentaba en unas mismas necesidades, en la de una defensa mútua, era imprescindible que la reacción fuese religiosa. Por esto hemos visto al mismo gran cismático darse por representante de la voluntad de Dios, que lo que era verdad en Roma, lo era también en San Peters-burg.

Gervinius es quien nos recuerda que Fichte fué en 1791, al ver sus esperanzas personales desvanecidas, cuando emprendió el estudio de las obras de Kant, más bien por desesperación que por gusto. Mas cuando la destrucción de sus esperanzas políticas le dejaron todo el tiempo para entregarse á sus estudios especulativos, Fichte, obligado á buscar una consolación en sí mismo, cayó en la doctrina de la exaltación del espíritu, haciendo de su vida el fin soberano de la vida. Por esto es Fichte el creador y guía de la filosofía moderna, porque renunciando á todas las suposiciones dogmáticas, intenta construir el mundo, tomando por punto de partida un solo principio y una sola idea irrefragables.»

Que Fichte se extravió, que llegó por este camino de error en error á su filosofía idealista, sin base en la realidad, que sus opiniones en contradicción con los que hacen del mundo cuando menos la mansión de los espíritus hubo de valerle á Fichte amargos desengaños, todo esto lo hemos ya indicado, y esto mismo reconoció Fichte en 1808 cuando dijo «que el Estado y los negocios civiles daban más esperanzas á su época que las cosas de la ciencia.»

Resultan, pues, claras las contradicciones de Fichte, pero claras en sus causas. Fichte se interesó más que otros filósofos por el movimiento político. Por esto es Revolucionario primero y anti-revolucionario después. Por esto en 1806 declara incurable el mal de su patria y quiere morir en 1807 y en 1808 traza al pueblo alemán en su grandilocuente y patriótico *discurso á la nación alemana*, el cuadro de su regeneración y de los medios que hay que emplear para alcanzarla. Por esto, en fin, Fichte se hace soldado, y claro está que en el momento en que el